

## "IN MEMORIAM"

### EL M. R. P. WLODIMIRO LEDÓCHOWSKI

GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(† 13 diciembre 1942)

Imposible nos ha sido hasta ahora unir nuestra voz, emocionada y dolorida, al coro unánime de la Prensa española y mundial, que ha tributado un recuerdo de veneración profunda y de homenaje admirativo al que fué Prepósito General de la Compañía de Jesús.

El P. Wlodimiro Ledóchowski había nacido en Loosdorf (Polonia austríaca) del Conde Antonio Augusto Halka de Ledóchowski y de la Condesa Josefina de Salis-Zizers el 7 de octubre de 1836. La nobleza de su escudo estaba realizada por el más glorioso timbre de la virtud y de la santidad. Tío suyo fué aquel Arzobispo de Posen, Miecislao Ledóchowski, que hizo frente al Canciller de hierro cuando las Leyes de mayo, y que mereció por su intrepidez, por sus cárceles y padecimientos, ser condecorado con la púrpura cardenalicia. Por hermanas tuvo a la Condesa María Teresa Ledóchowski, fundadora del «Sodalicio de San Pedro Claver», y a Julia, futura Madre Ursula, fundadora de las Hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante. El joven Wlodimiro figuró algún tiempo en la Corte austrohúngara de los Habsburgos, como paje de honor de la Emperatriz, al lado de la que había de ser nuestra Reina, Doña María Cristina. Cursados sus estudios de Letras Humanas en el Teresiano de Viena, empezó la carrera de Leyes; pero sintiéndose llamado por Dios al estado eclesiástico, ingresó en el Seminario de Tarnow (Galitzia). Doctoróse en Filosofía en el Germánico de Roma (1887-89), dando tales muestras de sí, que en el diario del Colegio se hizo constar lo siguiente: «Hic alumnus, ad eminentis ingenii laudem, adicit laudem eximiae virtutis.» Vuelto a su país, entró en la Compañía de Jesús en 1889; hizo sus estudios de Teología en Cracovia, donde se ordenó de sacerdote en 1894, y terminada la carrera, se distinguió como escritor de cuestiones teológicas en la «Revista Universal» (Przegląd Powszechny) de los jesuitas polacos. Nombrado en 1900 Rector del Colegio Máximo Cracoviense, fué al año siguiente designado Viceprovincial y en 1902 Provincial de Galitzia. Dios quería poner sobre el candelero las excelsas dotes de que le había adornado, y para eso le llevó a Roma en 1906 como Asistente o Consultor del General de la Compañía para las Provincias de lengua

germánica y eslava. Al lado del M. R. P. Francisco Javier Wernz, canonista máximo de nuestros tiempos, pudo recibir frecuentes y prácticas lecciones de Derecho Canónico, utilísimas para el gobierno de una Orden religiosa. Y a la muerte de aquél, ocurrida a poco de estallar la guerra del 14, fué el P. Wlodimiro Ledóchowski designado para regir la Compañía de Jesús el 11 de febrero de 1915.

Pronto se reveló como «una de las grandes figuras de este siglo», según expresión del que fué nuestro Embajador ante la Santa Sede, Excmo. Sr. D. José Yanguas Messía. Sorprendía a todos por la llanura y naturalidad de sus modales, no menos que por su maravilloso don de genio; por su prudencia, tan perspicaz como fecunda en recursos; por su talento organizador y por su amplitud de miras; por su «mente limpia y capacísima, ayudada de una memoria de sorprendente frescura, aun en la vejez»; por su bondad generosa y delicada; por su rápida y penetrante comprensión de los más heterogéneos y universales problemas; y, en fin, por aquel dinamismo, profundamente sobrenatural, con que todo lo dirigía al servicio de la Iglesia y al reinado de Cristo.

No nos toca hablar aquí de su actuación al frente de la Compañía de Jesús. La historia dirá a su tiempo el juicio definitivo. Las estadísticas publicadas por los periódicos—y que por eso no repetiremos—están proclamando el prodigioso desarrollo de la Compañía en los años de su generalato. Baste decir que si en 1915 los jesuitas eran cerca de 17.000, hoy se acerca a 27.000, multiplicándose sus energías y sus obras de tal forma que si entonces eran, por ejemplo, las Congregaciones marianas 36.526, hoy pasan de 60.000, con siete millones de congregantes; y si entonces evangelizaban en tierra de infieles 1.971 misioneros jesuitas, hoy son 3.894. Al mismo ritmo han crecido las actividades científicas, pedagógicas, etc. Pero más que al número atendió siempre a la cualidad, y de ello son buen testimonio sus cartas «De ratione comparandi Societatis viros excellentes» (1918) y «De ministeriorum atque operum delectu nostrorumque ad ea institutione» (1933), sin contar las que versan sobre la formación espiritual de sus hijos bajo múltiples aspectos.

Una de las obras más trascendentales de su generalato fué la codificación del Instituto de la Compañía. Acababa de promulgar la Santa Sede el «Codex Juris Canonici». Cosa semejante quiso hacer el P. Wlodimiro Ledóchowski, codificando toda la legislación de la Orden Ignaciana, poniéndola al día y armonizándola de una manera absoluta con el nuevo Código eclesiástico, pero dejando intactas las Constituciones del Fundador y a salvo el espíritu tradicional del Instituto. Empresa ardua y delicada, que llevó a cabo nombrando comisiones de la mayor competencia, en las que entraban eximios canonistas, cuyos esquemas revisaba cuidadosamente el propio General, hasta ver perfeccionado y aprobado su trabajo por la Congregación General extraordinaria convocada en 1923.

De su labor en el campo de los estudios y de la ciencia eclesiástica mucho se podría decir. Para la formación científica de los jóvenes jesuitas, destinados al magisterio de Filosofía, Teología y Derecho Canónico, puso en Roma cursos especiales mucho antes que se implantase en las Facultades y Centros universitarios eclesiásticos la Constitución apostólica «Deus scientiarum Dominus»; dictó a los suyos normas doctrinales, en carta aprobada por el Papa Benedicto XV, sobre la manera de seguir a Santo Tomás; logró dar cima a la revisión de la célebre «Ratio studiorum», adaptándola a las nuevas leyes eclesiásticas sobre los estudios superiores y a las necesidades de los tiempos modernos (1941); a él se debe el nuevo espléndido edificio de

la Universidad Gregoriana y el renombre mundial de sus cursos, para los cuales llamó a Roma a numerosos y afamados profesores; obras cuyas pueden decirse la unión y estrecha colaboración de los Institutos Pontificios, Bíblico y Oriental, con aquella Universidad; las nuevas Facultades de Historia Eclesiástica y de Misiología; las nuevas cátedras de Ascética, de Estudios Islámicos, etc., así como el Instituto de Cultura Religiosa Superior, que florece a la sombra de la Gregoriana. Con el mismo interés atendió a las demás Universidades que en Europa, América y Asia sostienen los jesuitas; él creó el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, en Roma, donde se edita la antigua publicación española de «Monumenta Historica Societatis Iesu» y el nuevo «Archivum Historicum S. I.» Del impulso que dió a la prensa habla elocuentemente este dato: alrededor de 300 revistas o publicaciones periódicas, de muy diversa índole, publicaban los jesuitas en 1915; en el generalato del P. Ledóchowski se han casi cuadruplicado, hasta llegar a 1.112 las que figuraban en la Exposición Vaticana de 1936, con una tirada global de 144.206 ejemplares al año, en 50 lenguas diferentes. Entre las numerosas canonizaciones y beatificaciones de hijos de San Ignacio, que en su generalato tuvieron lugar dos principalmente le llenaron de consuelo: las de San Pedro Canisio y San Roberto Belarmino, condecorados poco después con el supremo título de Doctores de la Iglesia. Mención especial reclaman sus infinitas cartas, muchas de las cuales desenvuelven magistralmente problemas gravísimos y universales de los que se iban planteando a la Orden en el espacio de más de veintisiete años. Así, por ejemplo, siempre se leerán y releerán con provecho las que escribió sobre los estudios en la Compañía, sobre los escritores, sobre los colegios, sobre los misioneros, sobre la selección de las obras de apostolado, sobre las Congregaciones marianas, sobre el Apostolado de la Oración, de cuyos asociados, en total 35 millones, él era cabeza y director nato; sobre la lucha contra el ateísmo militante, sobre los Ejercicios espirituales, sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús, etcétera, etc. Con sólo agrupar en uno o varios tomos sus cartas de temas ascéticos se formaría un hermoso y nutridísimo tratado de Espiritualidad: de sus epístolas sobre misiones se podría sacar todo un tratado de Misiología.

Recordemos, aunque sea en último lugar, la simpatía que mostró por nuestra Patria y la comprensión de los problemas españoles. El fué de los primeros en penetrar el sentido religioso y trascendente de nuestra Cruzada en 1936, y por orden suya todas las revistas jesuíticas se pusieron en movimiento para declarar al mundo el ideal cristiano y español de los nacionales y establecer un criterio rectamente católico en el «caso de España». La gran misión de España en lo porvenir la veía en América. En Hispanoamérica tenía puestas sus miradas y sus esperanzas.

Tal fué la vida—oculta y escondida, pero desbordante de espirituales energías—del XXVI sucesor de San Ignacio de Loyola. Uno de sus confidentes, el P. Azzolini, escribió que dos eran «los grandes amores de aquel alma verdaderamente cristiana y católica en toda la plenitud de la palabra: Jesucristo, y el dulce Cristo en la tierra. Cuando de Jesús hablaba, especialmente en la intimidad, se le iluminaba el rostro macilento, se encendía en santo entusiasmo, no le parecía hacer nunca bastante por el Rey divino. ¡Qué feliz se sintió cuando el Santo Padre Pío XI instituyó en 1925 la nueva fiesta de Cristo Rey! En el Papa no veía ni reverenciaba más que al Vicario de Cristo; hablaba siempre de él con el más profundo respeto; todas las palabras del Papa, aun las privadas, le parecían dignas de

la máxima consideración; todas sus indicaciones tenían para él fuerza de mandatos, como tantas veces lo experimentaron los tres Sumos Pontífices con quienes hubo de tratar (Benedicto XV, Pío XI, Pío XII), los cuales en diversas ocasiones se dignaron expresarle su paterno reconocimiento.

Entregó el alma al Criador plácidamente el 13 de diciembre de 1943, después de ofrecer a Dios su vida por la Iglesia, por el Sumo Pontífice y por la Compañía.

ESTUDIOS ECLESIASTICOS tienen para con el P. Wlodimiro Ledóchowski una gran deuda de gratitud, por el interés y cariño con que miraba nuestra revista. No bien se inauguró, en enero de 1942, la segunda etapa de esta publicación, nos escribió alborozado: «Con gran placer y consuelo he recibido el primer número de ESTUDIOS ECLESIASTICOS, que vuelve a salir después de seis años». Y a continuación enviaba cordialísimamente su paternal «bendición al Director de la Revista y a todos sus colaboradores para que promuevan sólidamente los estudios teológicos y difundan por todas partes la recta doctrina de la Iglesia».

Paz a su alma. Su recuerdo vivirá perennemente entre nosotros. Que su última bendición alcance de Dios la gracia de que sean fecundas nuestras tareas.

